

Problema infernal: Estados Unidos en la era del genocidio

Samantha Power

Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005, 640 páginas

Daniela Duverne

En esta obra, Samantha Power analiza la actitud que los sucesivos gobiernos de los Estados Unidos han tenido con respecto a distintos actos de genocidio ocurridos a lo largo del siglo XX: la matanza del pueblo armenio durante la Primera Guerra Mundial por parte del Imperio Otomano, el Holocausto nazi, los excesos cometidos por el régimen de los Khmer Rouge en Camboya entre 1975 y 1979, los ataques contra los kurdos en Irak durante el gobierno de Saddam Hussein, la violencia en la ex Yugoslavia ejercida bajo el liderazgo de Slobodan Milosevic y el exterminio de la minoría tutsi perpetrada por los hutu en Ruanda en 1994.

La autora se detiene en el debate interno generado en relación al rol que le tocaba desempeñar a Estados Unidos en cada uno de estos episodios, comenzando por el genocidio armenio. En este primer caso encuentra patrones de conducta comunes que se repetirán más adelante, especialmente la relación entre los intereses estadounidenses y la decisión de intervenir o no para detener las matanzas, en una lógica utilitarista que considera inapropiada. Pronto concluye que la pasividad frente a casos de genocidio será una constante y destaca entonces el rol solitario pero crucial de una serie de

figuras que se esforzaron por lograr revertir esta tendencia. El primero de ellos será Henry Morgenthau padre, Embajador estadounidense en Constantinopla durante la Primera Guerra Mundial, quien denunció las atrocidades en contra de los armenios e instó a su gobierno a que interviniera para detenerlo, no encontrando ninguna respuesta positiva.

Power le dedica buena parte de su libro a Raphael Lemkin, un jurista judío que conmovido por la suerte corrida por su pueblo en general y su familia en particular durante la Segunda Guerra Mundial, hizo de la lucha por la condena de los asesinatos en masa una obsesión. Lemkin acuñó el término *genocidio* y procuró llevar hasta las más altas esferas del derecho internacional su castigo. Tuvo un rol significativo para que se realizara la convención sobre Prevención y Castigo de los Crímenes de Genocidio de las Naciones Unidas, donde se caracterizó al genocidio como “el acto cometido con el propósito de destruir, en parte o en su totalidad, a una nación, etnia, raza o grupo religioso”. Lemkin estaba convencido de que su penalización sería un paso fundamental para evitar futuros casos, creencia que se va probando equivocada con el correr de los capítulos en que la autora detalla la sucesión de los genocidios men-

cionados, que no fueron detenidos ni por el derecho internacional ni por la política exterior estadounidense. Incluso Estados Unidos no ratificó la convención sino 40 años después, demostrando hasta qué punto la voluntad política puede inhibir el ejercicio efectivo de medidas.

Mediante la realización de entrevistas y una ardua investigación de material de archivo, Power aporta suficiente cantidad de información como para dejar en evidencia la imposibilidad de que los hechos acontecidos fueran ignorados por los centros de toma de decisiones, poniendo de manifiesto más claramente la indiferencia que ha tenido la diplomacia estadounidense. Sugiere en reiteradas oportunidades que Estados Unidos, aun si no quería verse involucrado, podría haber intervenido al menos indirectamente para impedir las masacres. La falta de apoyo económico a los regímenes violentos o la interrupción de las comunicaciones radiales son sólo algunos de los recursos que menciona. A esto contraponen las acciones individuales ejercidas con gran valentía por personas que se las ingeniaron para salvar vidas en medio de la violencia. Power comenta que en muchas ocasiones la falta de conocimiento de las situaciones internas de los países en conflicto ofició a manera de excusa para no intervenir. Pero también la magnitud y rapidez con que se produjeron las catástrofes hicieron que cualquier decisión que pudiera haberse tomado llegara demasiado tarde. Justamente es a partir de estas especulaciones que sorprende más la impunidad con que fue posible aniquilar poblaciones enteras en períodos muy breves con una eficacia macabra. Las denuncias sobre la inminencia o realidad de masacres a gran escala tampoco

gozaron de verosimilitud en un principio, sobre todo en el caso del Holocausto, tendiéndose a considerar exagerados los llamados de atención realizados por aquellos que escapaban del horror o estaban en condiciones de dar a conocer lo que estaba ocurriendo con la esperanza de poder detener las matanzas.

Cabe destacar que los hechos en los que se detiene la autora se corresponden con momentos diferentes de la historia estadounidense, desde los albores de su liderazgo, pasando por la Guerra Fría y la Posguerra Fría. Y tal vez justamente llama por eso más la atención el hecho que, a pesar de tratarse de situaciones distintas, se observe un comportamiento tan regular en relación a los episodios de genocidio. Aquí es donde intenta explorar el límite entre la defensa del interés nacional y la misión en la comunidad internacional. Cuestiona el hecho de que muchas veces Estados Unidos no sólo no intervino para detener el genocidio, sino que también continuó manteniendo estrechas relaciones con los regímenes violentos, en virtud de intereses económicos o políticos, como en los casos de Irak y Camboya. Incluso cuando actuó, como en el caso de Bosnia, lo hizo a último momento y en forma polémica. Si bien no se detiene en la reacción de la comunidad internacional frente al genocidio, le llama la atención el considerable apoyo que consiguió Estados Unidos luego del ataque a las Torres Gemelas, en comparación con el que obtuvo Ruanda cuando clamaba por ayuda, donde murió la misma cantidad de personas que en el atentado a las torres, pero durante cien días seguidos. Asimismo, enfatiza el desinterés de los ciudadanos estadounidenses, quienes se limitaron a ser espectadores

pasivos frente al genocidio, a pesar de que los conflictos, especialmente los más recientes, recibieron una importante cobertura de la prensa. Paradójicamente, dice la autora, sí se le ha dado un lugar relevante a la memoria, recordando genocidios anteriores. En este sentido es que se entiende la construcción del Museo del Holocausto, que visitan diariamente miles de personas. Pero la reflexión que deja entrever la autora es que recordar no alcanza, en la medida en que no sirva para evitar que se cometan otros genocidios.

Samantha Power construye un relato de gran profundidad, recurriendo muchas veces a historias individuales de víctimas, algunas de ellas recogidas cuando se desempeñaba como corresponsal de guerra, que con su narración en primera persona le aportan mayor realismo y conciencia a la situación que denuncia. El presente trabajo es el resultado de una investigación exhaustiva, que le valió a la autora el Premio Pulitzer y el National Book Critics Circle Award en 2003. Es una obra para reflexionar sobre la política exterior estadounidense en la actualidad en perspectiva.